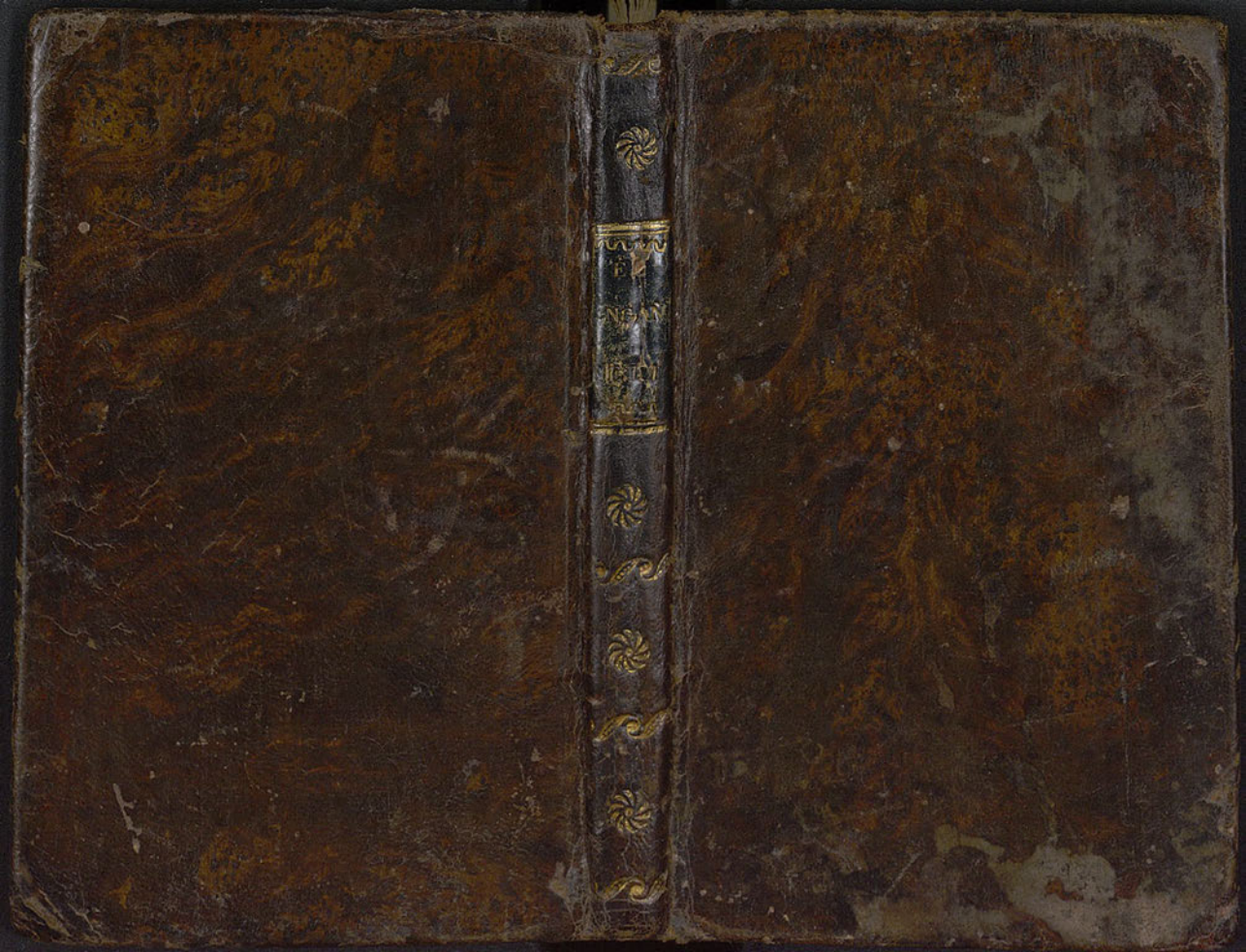

Ex Libris

Russell Perry Sebold III

Soy
FL DRPS FA/0450
0500763328

Soy de José Ruiz
1500

EL ENGAÑO
FELIZ.

134156
8 9.

Soy De José Ruiz

Conteneos Padre mio, y moderad vuestra colera aunque tan justa

EL ENGAÑO FELIZ.

NOVELA EGEMPLAR.

POR

DON MARIANO MADRAMANY Y CALATAYUD, PRESBÍTERO.

Con una lámina fina.

SEGUNDA EDICION.

CON LICENCIA.
VALENCIA: IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ.
AÑO 1827

Esta novela es propiedad absoluta de Don Ildefonso Mompié, *del comercio de libros de Valencia.*

Se hallará en su misma librería, calle nueva de San Fernando, núm. 64, *junto al Mercado; y en Madrid en la de* Barco, *carrera de San Gerónimo.*

PRÓLOGO.

He deseado siempre vivamente que todas las novelas fuesen tales, que si bien divirtiesen y deleitasen con el artificio, novedad y buen estilo; pero hermanasen al mismo tiempo lo dulce con la utilidad moral; y jamas propinasen el veneno en las doradas copas de la seduccion. Las tiernas doncellas, y los jóvenes se entregan por lo comun gustosos á esta especie de lectura, porque en ella hallan el atractivo del deleite y amenidad á que son mas inclinados, que á la aridez, para ellos, de los escritos serios, y de las máxi-

mas morales, desnudas de los atavios del Apólogo. Propensos naturalmente sus corazones al amor, pareciéndoles dulce, porque no experimentaron todavía sus amarguras y fatales consecuencias, se dejan llevar de los lances y lisongeras galanterías, que se pintan con los mas seductores y mas vivos colores de la elocuencia. Imprímense estos en sus pechos, como en cera, y se van fortaleciendo con la edad tales imágenes, al paso que se debilita el corazon. Los asuntos y los egemplos suelen ser perversos, semejantes á los de las malas comedias, que hacen en el alma el mayor estrago con su lectura ó representacion. He discurrido pues muchas veces,

que lejos de soltarse, se debian poner diques á la corriente de las pasiones de la juventud, y dirigirlas con utilidad por otros canales limpios y benéficos, escribiendo novelas egemplares, que honestamente deleitasen los ánimos, y por este medio se lograse el fin de introducir dulcemente en ellos las mejores máximas morales. En uno de mis ocios literarios, en que descansaba de mis serias tareas, me ensayé en esta novela, y la dí á luz pública en el año 1795. No es original en el argumento; pero sí en el decoro y moralidad, omitiendo lances que puedan ofender la modestia. Pinto de lejos los escollos, para que no se acerquen á ellos las incautas

doncellas, dando oidos al libertinage y á las sugestiones de una falsa amiga ó aya, enseñando al mismo tiempo á los padres á velar por sí mismos sobre la conducta de sus hijas, no abandonándolas al cuidado y educacion de una muger mercenaria, que suele corromper el interes, como se verá en Doña Marcela, que puso á Doña Leonor, su educanda, en el borde del precipicio, á pesar de su honor y de su virtud.

El Conde de Belflor, uno de los primeros Grandes de la Corte, estaba en extremo apasionado á Doña Leonor de Nogales, doncella en quien competian la honestidad y la hermosura. Era de familia muy noble; mas la hija de un caballero particular no le parecia al Conde boda correspondiente á su clase; solo aspiraba á entretenerla con un ilícito galanteo, sin intencion de honrar con su mano á la que ya era señora de su voluntad, y que la merecia por su virtud y el privilegio de la belleza.

Con este fin tan indigno de la verdadera grandeza, como in-

jurioso á la reputacion de una doncella noble y recatada, el Conde seguia en todas partes á Doña Leonor, manifestándola con los ojos su pasion; pero jamas hallaba coyuntura para hablarla ni escribirla, porque era inseparable compañera suya una Aya severa y vigilante, llamada Doña Marcela; y asi Belflor vivia sin sosiego ni esperanza, é irritando mas su pasion las mismas dificultades, pensaba continuamente en los medios para engañar á la Argos que guardaba su lio.

Por otra parte Doña Leonor, que habia notado la amorosa solicitud del Conde, no pudo librarse de tenerle al principio aquella inclinacion que inspira

el agradecimiento, y despues se fraguó en su pecho una pasion vehemente.

Yendo pues una mañana al templo con la perpetua guarda de su recato, les salió al encuentro una hipócrita vieja, que dirigiéndose á la Aya con halagüeño semblante, la dijo: Dios os bendiga, y su santa paz os acompañe; permitid que os pregunte, si sois Doña Marcela, la honestísima viuda de Don Martin de Rosas; y habiéndole contestado la Aya: yo pues, prosiguió la vieja, me doy el parabien por la feliz casualidad de haberos encontrado, para deciros, que está en mi casa y compañía un pariente mio anciano, que desea mucho hablaros: dos dias ha que

llegó de América; él conoció y trató con mucha familiaridad á vuestro marido, y tiene que comunicaros cosas de la mayor importancia. Hubiera pasado él mismo á vuestra casa, á no haber caido tan enfermo, que el pobre está mas para espirar, que para hacer visitas: yo vivo cerca; tomaos el trabajo de seguirme.

La Aya recelando algun peligroso artificio de aquella muger, quedó suspensa deliberando lo que haria; mas la vieja conociendo la causa de su detencion, la dijo: mi querida Doña Marcela, podeis fiaros de mí: yo me llamo la Chichona, y si os propongo que vengais á mi casa, solo es para vuestro bien y provecho: mi pariente quiere volveros cier-

ta suma que le prestó vuestro difunto marido. Al oir Doña Marcela que se trataba de entregarle dinero, la determinó el interes. Vamos, hija mia, dijo á Leonor, vamos á ver al pariente de esta buena muger, que es accion caritativa visitar á los enfermos.

Llegaron al cuarto de la Chichona, quien las hizo entrar en una sala baja, donde vieron en la cama á un hombre, cuyos profundos ayes y suspiros les hicieron creer que estaba tan enfermo como parecia. Mira, primo, le dijo la vieja presentándole la Aya, he aqui la virtuosa Doña Marcela, á quien con tanta ansia deseas hablar; la viuda del señor Don Martin de Rosas, tu gran amigo; entonces el enfermo

levantando un poco, y al parecer con mucha dificultad la cabeza, saludó á la Aya, y la dijo con voz debil y cansada: mi señora Doña Marcela, yo doy gracias al cielo, porque me ha dilatado la vida hasta la hora presente: esto era lo único que yo deseaba: sentia mucho á la verdad morir sin tener el gusto de veros, y poner en vuestras propias manos cien ducados, que vuestro difunto marido me prestó para salir con honor de una urgencia que me ocurrió en la ciudad de Mégico. ¿No os lo refirió alguna vez?

Nada me dijo, respondió Doña Marcela. ¡Ah! era tan generoso, que olvidaba los servicios que habia hecho á sus amigos, y

lejos de parecerse á aquellos fanfarrones que se vanaglorian con arrogancia del bien que no han hecho, jamas me contó haber favorecido á nadie. Ciertamente que tenia un alma noble, replicó el viejo, y de esto ninguno tiene mayores ni mas claras pruebas que yo; en su confirmacion os contaré el empeño de que salí por medio de su socorro. Mas yo tengo que deciros cosas de la mayor importancia en memoria del difunto, y no haria bien en comunicarlas, sino en secreto á su discreta viuda.

Está bien, dijo entonces la Chichona; participa á mi señora Doña Marcela en confianza cuanto gustes: entre tanto esta señorita y yo nos pasaremos á mi ga-

binete: y dejando á la Aya con el enfermo, llevó consigo á Doña Leonor á otro aposento, donde sin detencion y sin rodeos la dijo: estos momentos son muy preciosos para malograrlos; bien conoceis al Conde de Belflor; mucho tiempo ha que os ama, y que muere por hablaros; pero la vigilancia y severidad de vuestra Aya no le han permitido esta dicha. En su desesperacion ha recurrido á mi industria, y yo he usado de ella por complacerle: el viejo que habeis visto enfermo, no lo está, ni es mi primo, sino un ayuda de cámara del Conde; y todo cuanto yo he hecho, solo es una estratagema para engañar á la Aya, y traeros á mi cuarto.

Salió entonces de repente el Conde, que estaba escondido detras de unos tapices, y se arrojó á los pies de Doña Leonor. Señora, la dijo, perdonad este artificio á un amante que os adora: si esta buena muger no hubiera hallado el medio de proporcionarme tanta dicha, yo iba á abandonarme á la desesperacion. Estas palabras pronunciadas con ternura por un hombre amable, llenaron de turbacion á Doña Leonor; quedó sorprendida, y por algun tiempo incierta en la respuesta que daria; pero en fin volviendo en sí, y á impulsos de su recato miró airada al Conde, y le habló de esta manera: sin duda pensais que debeis quedar muy obligado á esta

oficiosa muger, que tan bien os ha servido; mas estad en la firme persuasion, de que ningun fruto sacareis de su engañoso artificio.

Apenas acabó de decir estas palabras, dió algunos pasos con precipitacion para volverse á la sala. Detúvola el Conde: dignaos, divina Leonor, la dijo, de escucharme un momento. Mi pasion es tan honesta y pura, que no debe llenaros del horror que descubro en vuestro semblante: confieso que tencis razon para ofenderos del artificio de que me he valido para hablaros; pero no me ha sido posible por otro medio. Seis meses que os sigo en las calles, en los paseos y en los teatros. En vano he solicitado

en todas partes la ocasion de deciros, que los atractivos de vuestra hermosura y virtud me han robado el alma. Esa cruel Aya ha sabido siempre burlar mis honestas intenciones: ¡ay de mí! En lugar de reprenderme, como delito, esta estratagema que me ha sido necesaria, tened compasion, bella Leonor, por haber padecido todos los tormentos del mas fino amor sin esperanza. En fin, el Conde de Belflor procuró sazonar su discurso con todos aquellos artificios, de que los hombres suelen usar dichosamente con las incautas mugeres: y para dar mas fuerza y energía á sus palabras dejó caer algunas lágrimas por sus megillas.

Doña Leonor se enterneció,

y á pesar suyo reconocia en su alma movimientos de compasion; pero lejos de ceder á su flaqueza, cuanto mas inclinado sentia su corazon, mas se apresuraba en retirarse. Todos vuestros discursos, le dijo, son inútiles; nada quiero escuchar; no me detengais mas, y dejadme salir al momento de esta casa, donde miro con horror los escollos en que pudiera haber naufragado mi estimacion, si no quereis que mis gritos junten aqui toda la vecindad, y hagan público vuestro atrevimiento. Profirió Doña Leonor estas ásperas y sentidas palabras con tal indignacion, que la Chichona, que temia mucho á la justicia, y con sobrado fundamento, rogó al

Conde que no llevase mas adelante su empeño, el cual cesó de oponerse á la loable determinacion de Doña Leonor, cuya inocencia y virtud triunfó finalmente de la malicia y del artificio, habiéndose vuelto á juntar muy de priesa con su amada compañera.

Venid, mi querida, la dijo, no escucheis mas á ese hombre, que en esta casa nos quieren engañar; salgamos, salgamos presto de ella. ¿Qué es esto, hija mia? respondió admirada Doña Marcela, ¿qué razon os mueve para querer retiraros tan de priesa? Yo os la diré, replicó Doña Leonor. Huyamos; cada instante que me detengo, me parece un siglo, y me causa nueva pe-

na. Salieron ambas con precipitacion, dejando á la Chichona, al Conde y á su ayuda de cámara tan confusos y turbados, como quedan los cómicos que acabaron de representar un drama, que el patio recibió con desprecio y con silbidos.

Luego que Doña Leonor se vió en la calle, refirió á la Aya con mucho enojo cuanto le habia pasado en el gabinete de la Chichona. Doña Marcela la escuchó con atencion, y habiendo llegado á su casa, la dijo: os aseguro, hija mia, que me es sumamente sensible lo que me habeis contado: ¿cómo me he dejado yo engañar de aquella vieja? Al principio me detuve en seguirla: ¡que no insistiese en mi de-

terminacion! Yo debia desconfiar de sus zalamerías: ciertamente he caido en una necedad, que no puede perdonarse á una muger de mi experiencia. ¡Ah! ¡que no me descubrieseis en su casa este artificio! Hubiera yo arañado á la Chichona, cargado de injurias al Conde de Belflor, y arrancado las barbas al pícaro del ayuda de cámara. Quiero volver á aquella maldita casa á llevar el dinero que he recibido como deuda, y si todavía los hallo juntos, les aseguro que no perderán la recompensa de haber esperado: y luego tomando la mantilla que se habia quitado, salió para volverse á casa de la Chichona.

El Conde todavía estaba alli

maldiciendo el infeliz éxito de su estratagema. Cualquiera otro en su lugar hubiera abandonado su designio; pero él entre muchas cualidades buenas, tenia una muy reprensible, y era el dejarse llevar impetuosamente hácia su inclinacion al amor. Cuando se dedicaba al obsequio de alguna dama, era muy eficaz y obstinado en lograr sus favores; y aunque por otra parte hombre de bien, era entonces capaz de violar los derechos mas sagrados para lograr la correspondencia. Hizo reflexion de que no podia llegar al fin de sus deseos sin el ausilio de Doña Marcela, y resolvió el no perdonar medio alguno para interesarla á su favor. En fin, pensó que la

Aya, aunque tan severa, no se resistiria á un donativo considerable.

Luego que Doña Marcela llegó á casa de la Chichona, y que vió en ella á las tres personas que buscaba, poseida del furor espetó un millon de dicterios al Conde y á la Chichona, y tiró á los hocicos del ayuda de cámara el dinero de la fingida restitucion. El Conde de Belflor sufrió con paciencia aquella tempestad y primera descarga de improperios, y arrojándose á los pies de la Aya para hacer la escena mas patética, la obligó á tomar segunda vez el bolsillo, y la ofreció ademas mil doblones, si favorecia á su amor, suplicándola humildemente que tuviese

de él compasion. Jamas habia ella visto implorar tan poderosamente sus buenos oficios, y asi dejó ya las invectivas, y comparando en su interior la gran suma del dinero ofrecido, con la pequeña recompensa que esperaba de Don Luis de Nogales, halló que le seguia mayor provecho en engañar, que en mantener á Doña Leonor dentro los límites de su obligacion. Por lo que de alli á poco tomó el bolsillo, aceptó el ofrecimiento de los mil doblones, prometió servir al amor del Conde, y se fue á dar principio á la expedicion.

Como ella conocia la virtud de Doña Leonor, se guardó bien de darla motivo de sospechar su

inteligencia con el Conde, temiendo con razon, que lo diria á Don Luis su padre; y queriéndola perder mas á su salvo, la habló asi: Leonor, yo vengo de satisfacer mi justa cólera: he hallado á los tres embusteros que estaban todavía atónitos de vuestra rápida y honesta retirada; he amenazado á la Chichona con la indignacion de vuestro padre y con el rigor de la justicia; y he dicho al Conde de Belflor todas las injurias que me ha dictado la razon de mi enojo. Espero que este no hará en lo sucesivo semejantes atentados, y que sus galanteos no ocuparán mas mi vigilancia. Yo doy gracias al cielo, porque vuestro honor y entereza ha evitado la red que se

os habia tendido; y lloro de puro contento, por el que me causa, el no haber sacado el Conde partido de su estratagema. Porque muchos hombres hacen alarde de engañar á las jóvenes é incautas mugeres, y aun algunos que se precian de honrados, no tienen de esta iniquidad el menor escrúpulo. Yo no digo que el Conde sea de este caracter, ni que quiera burlaros; no permita Dios que juzguemos tan mal de nuestro prógimo; tal vez se propondrá fines legítimos y honestos. Aunque él sea de tan alto nacimiento, vuestra hermosura puede haberle hecho tomar la determinacion de daros su mano; y aun hago yo memoria, que entre las satisfacciones con que

ha procurado disculparse, me lo ha dado á entender.

¿Qué es lo que decís, mi querida Aya? interrumpió Doña Leonor: si él tuviese este fin, me hubiera pedido á mi padre, que no me negaria á un caballero de sus circunstancias. Teneis razon, respondió Doña Marcela, soy del mismo parecer: la conducta del Conde es sospechosa, ó por mejor decir, sus intenciones no son buenas; estoy por volverme á decirle nuevas injurias. No, mi amada Doña Marcela, replicó Doña Leonor, mejor será olvidar lo que ha pasado, y vengarnos con el desprecio. Sí; decís bien, expresó Doña Marcela, este es el mejor partido: sois á la verdad mas pru-

dente que yo; con todo, ¿no podemos nosotras habernos engañado acerca de las intenciones del Conde? Antes de obtener el beneplácito del señor Don Luis, tal vez querrá merecer agradaros con sus obsequios, y asegurarse de vuestra inclinacion, á fin de que sea mas feliz la union de ambos corazones. Si asi fuese, ¿serias, hija mia, reprensible en escucharle? Descubridme vuestro interior; conoceis el cariño que os tengo: ¿teneis inclinacion al Conde, ó sentís repugnancia en casaros con él?

A esta artificiosa pregunta, Doña Leonor demasiado sincera bajó los ojos, y suspirando confesó ingenuamente, que no tenia aversion al Conde; mas como su

modestia la impedia explicarse con mas desahogo, la Aya la instó de nuevo para que nada la disimulase. Finalmente rindióse á sus afectuosas demostraciones. Mi querida, la dijo, pues deseais que os hable con amistosa confianza, sabed, que Belflor me ha parecido digno de ser amado, y he oido hablar de él con tanta estimacion, que no he podido menos de tener una secreta complacencia al ver su amorosa solicitud: el infatigable cuidado con que os oponeis á sus desvelos, me ha causado siempre mucha pena, y os confesaré, que en mi interior le he compadecido muchas veces, y aun vengado con mis suspiros de los disgustos que vuestra vigilancia

le hace padecer: todavía os diré mas, ahora mismo lejos de aborrecerle por su accion temeraria, mi corazon acusa y carga su culpa sobre vuestra severidad.

Hija mia, dijo Doña Marcela, pues me dais fundamento para creer que tendreis mucho gusto de que explore la intencion del Conde, yo lo tomo á mi cargo por complaceros. Quedo muy obligada, respondió Doña Leonor enternecida, al servicio que quereis hacerme: cuando el Conde no fuera de la primera nobleza, y solo un caballero particular, yo le preferiria á todos; pero no nos lisonjeemos; Belflor es un Grande, que aspirará á una de las primeras bodas de la Corte: no podemos creer que se con-

tente con la hija de Don Luis de Nogales: no, no tiene él tales pensamientos, ni me reputa como persona acreedora á llevar su nombre, sino que solo quiere ofender mi reputacion.

¡Ah! ¿por qué, dijo la Aya, habeis de pensar que tanta pasion como os tiene el Conde, no se dirija á casamiento? El amor cada dia hace mayores milagros; parece, segun creeis, que el cielo ha puesto entre vos y el Conde distancia infinita: haceos mas justicia, Leonor: sois de una antigua nobleza, y de vuestro enlace no puede el Conde avergonzarse jamas: y pues le teneis inclinacion, convendrá que yo le hable para saber sus intenciones; y si son las que deben, le

animaré con la esperanza. Guardaos bien de eso, exclamó Doña Leonor, no apruebo que le busqueis: si sospecha que yo tengo parte en este paso, caeré de su estimacion. ¡Oh! yo soy mas diestra de lo que pensais, replicó Doña Marcela: empezaré reprendiendo haber intentado engañaros; no dejará de querer disculparse; yo le escucharé; yo le veré venir: en fin, hija mia, dejadme hacer á mí, que miraré por vuestro honor como por el mio propio.

La Aya salió al anochecer y encontró al Conde cerca de la casa de Don Luis; refirióle la conversacion que habia tenido con Doña Leonor, y no se descuidó en ponderar con cuánto

artificio habia hecho confesar á su señorita, que le amaba. Ningun descubrimiento podia ser al Conde mas agradable; y asi la dió las gracias con las expresiones mas vivas, y prometió entregarla al otro dia los mil doblones, lisonjeándose del feliz éxito de su empresa, y separándose mutuamente satisfechos, Doña Marcela se volvió á su casa.

Doña Leonor, que la esperaba con inquietud, le preguntó, qué nuevas la traía. Las mejores que podeis oir, respondió: he visto al Conde: bien decia yo, querida, sus intenciones son honradas, puras y legítimas, pues se dirigen al santo matrimonio: me lo ha jurado muchas veces; yo no me he dado

por satisfecha: si teneis ese honesto fin, le he dicho, ¿por qué no dais los pasos regulares, manifestando al señor Don Luis tan loable intencion?

¡Ah! mi querida Doña Marcela, me ha respondido, ¿aprobariais, que yo sin saber con qué ojos me mira Doña Leonor, y siguiendo solo los impulsos de mi amor ciego, me arrojase á obtenerla de su padre? No; yo prefiero su gusto al mio, y soy muy hombre de bien para exponerme á hacerla infeliz. Entre tanto, continuó la Aya, yo le observaba con la mayor atencion, empleando mi experiencia en conocer por sus ojos, si estaba poseido del amor que manifestaban sus palabras. Os puedo ase-

gurar, que me ha parecido penetrado de la mas vehemente pasion.

Cuando he quedado cerciorada de su sinceridad, he creido que para aseguraros una boda tan ventajosa, convenia el no ocultarle vuestra inclinacion: Leonor, le he dicho, no os aborrece, y he podido conjeturar, que no será insensible á vuestro amor. ¡Gran Dios! ha exclamado trasportado de alegría, ¿qué es lo que escucho? ¿Es posible que la hermosa Leonor me sea favorable? ¡Cuánto os debo, Doña Marcela, por haberme sacado de tan cruel incertidumbre! Yo me complazco tanto mas de esta nueva, cuanto sois vos quien me la da; vos, digo, que siem-

pre opuesta á mi amor, me habeis hecho padecer las mas crueles penas. Pero acabad de hacerme feliz, Doña Marcela, y disponed como yo hable á la divina Leonor; porque quiero prometerla mi fe, y jurarla que seré siempre suyo.

A estas palabras, prosiguió la Aya, todavía ha añadido otras mas tiernas. En fin, hija mia, me ha suplicado que proporcione el hablaros secretamente, de un modo tan eficaz, que no me he podido negar. ¡Ah! ¿por qué le habeis hecho esa promesa? exclamó Doña Leonor consternada. Una doncella honesta y prudente (vos misma me lo habeis dicho muchas veces) debe evitar del todo estas peligrosas con-

versaciones. Yo confieso, respondió la Aya, haberos siempre inspirado una máxima tan buena; mas en esta ocasion os es permitido no seguirla; porque podeis ya mirar al Conde, como á vuestro marido. Todavía no lo es, replicó Doña Leonor, y yo no debo verle hasta que mi amado padre haya aprobado su intencion.

Doña Marcela se arrepintió entonces de haber educado tan bien á su señorita, cuya circunspeccion se resistia á sus inicuas instancias; y para conseguir su fin á cualquier precio, atendiendo solo al que le habia ofrecido el Conde: mi querida Leonor, la dijo, yo me complazco de veros tan cauta, ¡dichoso fruto de mis

consejos! Os habeis aprovechado muy bien de las lecciones que os he dado; pero, hija mia, la virtud no está en los extremos, sino en el centro, y ultrajais mi austera moral: vuestro recato pisa la raya de la incivilidad y aspereza: aunque me precio de severidad, no apruebo una conducta feroz, que se arma igualmente contra la malicia y la inocencia. Una doncella no deja de ser virtuosa, porque escuche á un amante, cuando conoce la pureza de sus intenciones. Fiaos de mí, Leonor, que harta experiencia tengo, y me intereso mucho en vuestro honor, para haceros dar un paso de que os podeis arrepentir.

Ea pues, ¿dónde quereis, di-

jo Doña Leonor, que yo hable al Conde? En vuestro cuarto, respondió la Aya: yo le introduciré por la noche. No penseis en eso, replicó ella: ¿qué yo he de consentir que un hombre::: Sí, vos lo consentireis, interrumpió la Aya: no es una cosa tan extraordinaria como pensais: cada dia sucede; y plugiera á los cielos, que todas las que reciben tales visitas tuvieran tan honesta intencion como la vuestra: ademas, ¿qué podeis temer estando yo en vuestra compañía? ¿Y si mi padre nos sorprende? dijo Doña Leonor. No temais, replicó Doña Marcela: el señor Don Luis está asegurado de vuestra conducta, conoce mi fidelidad, y en ella tiene librada su entera

confianza. Con estos discursos la pérfida Aya hizo titubear la entereza de Doña Leonor, dejóse engañar de la eficaz apariencia de sus razones, rindióse en fin, y consintió en lo que tan mal le estaba á su recato y estimacion.

El Conde de Belflor fue luego informado de todo, y regaló á Doña Marcela quinientos doblones con una sortija de igual valor. La Aya viendo que este caballero desempeñaba tan bien su palabra, no quiso ser menos exacta en cumplir la suya. En la siguiente noche, cuando se habian ya retirado los de la casa, y reinaba en la calle el silencio y la soledad, ataba al balcon una escala de cuerda, que la dió el

Conde, y le introducia en el cuarto donde dormian ella y su mal aconsejada señorita. Sin embargo Doña Leonor hacia muchas y prudentes reflexiones, que la afligian infinito. Aunque estaba muy inclinada á Belflor, se reprendia á sí misma por su inconsiderada facilidad, á pesar de las obstinadas sugestiones de la Aya, y su presencia. No la disculpaba la pureza de su intencion: recibir por la noche á un hombre que no tenia aun el consentimiento de su padre, le parecia, y con razon, una conducta no solo reprensible, sino tambien digna del desprecio de su mismo amante, cuyo pensamiento causaba la mayor pena á su corazon.

El Conde para darla gracias

del favor que le permitia, se arrojó á sus pies, manifestándose penetrado de amor y de reconocimiento. Mas Doña Leonor le dijo: yo no dudo, Conde, que no teneis otras intenciones sino las que corresponden á vuestro honor y al mio; con todo, por mas seguridades que me deis, siempre me serán sospechosas hasta que las autorice el consentimiento de mi padre. Señora, respondió Belflor, dias ha que yo lo hubiera solicitado, sino temiera::: No me quejo yo, interrumpió Doña Leonor, de que hasta ahora no hayais dado este paso, y aun agradezco esta fineza por lo que me ha dicho mi Aya; mas ya nada os debe detener, y es necesario que hableis cuanto an-

tes á mi padre, ó resolveos á no verme jamas.

¡Ah! ¿por qué, hermosa Leonor, exclamó el Conde, nunca mas os he de ver? ¡Cuán insensible sois á mi amor! ¡Qué encantos tiene el amar! Podrá tenerlos para vos, dijo Doña Leonor, mas para mí solo tendrá crueles penas: esa delicadeza de amor que ponderais, no es compatible con la virtud de una honesta doncella: no me hableis mas de ese ilícito y culpable trato, que me horroriza: si me estimaseis, no me lo hubierais propuesto; y si vuestras intenciones son las que me quereis dar á entender, debiais en vuestro interior reprenderme de no haberme dado por ofendida. Mas ¡ay

de mí! añadió derramando muchas lágrimas, solo á mi facilidad debo yo atribuir este ultraje; yo tengo la culpa en haber consentido esta visita á tal hora, y sin consentimiento de mi padre.

Mi adorada Leonor, exclamó el Conde, me haceis mucho agravio: vuestra virtud demasiado escrupulosa se ofende sin razon. ¡Ah! porque yo he sido tan dichoso, que he merecido vuestra honesta correspondencia, ¡creeis que os deje de amar! ¡Qué injusticia! No, señora; yo conozco todo el precio de vuestra bondad, la que no puede disminuir mi estimacion, y estoy pronto á hacer cuanto de mí exijais. Hablaré luego al señor Don

Luis, y procuraré en cuanto me sea posible que consienta en mi dicha. Sucedió pues que con esta conversacion, y otras prudentes reconvenciones de Doña Leonor se pasó insensiblemente la noche, y habiéndose retirado el Conde á tiempo que ya la aurora desterraba las tinieblas del horizonte, se dió tanta priesa en echarse á la calle, y por desgracia tomó tan mal sus medidas, que dió un fuerte porrazo en el suelo, cayendo desde alguna altura.

Don Luis de Nogales que dormia en el cuarto segundo, y que se habia levantado aquella mañana mas temprano para trabajar en ciertos negocios urgentes, oyó el ruido que hizo la caida del

Conde: abrió la ventana, y vió un hombre que acababa de ponerse en pie con bastante trabajo, y á Doña Marcela en el balcon ocupada en desatar la escala de cuerda, de que el Conde no se habia servido tan bien para bajar como para subir: se estregó los ojos, y tuvo al principio este espectáculo por una ilusion; pero habiéndolo examinado bien, conoció que no era engaño de su imaginacion como deseara, y que la claridad del dia, aunque debil, le descubria demasiado su afrenta.

Lleno de turbacion, y trasportado de la justa cólera, baja al cuarto de Doña Leonor con la espada desnuda en una mano, y la vela en la otra: busca á su hija y á la Aya para sacrificarlas á su indignacion: llama á la puerta; manda que abran al instante; ellas conocen la voz, y obedecen temblando; Don Luis entra furioso, y poniéndolas delante la espada desnuda: yo vengo, dice, á lavar con la sangre de una infame hija la afrenta que hace á su honrado padre, y á castigar á la pérfida Aya que hace traicion á mi confianza.

Ambas se arrojaron á sus pies, y Doña Marcela habló la primera: señor, dijo, antes que nos castigueis, digaos oirnos por un momento. Bien está, infeliz, respondió Don Luis, yo suspendo por un poco de tiempo la egecucion de mi venganza: habla, cuéntame todas las cir-

cunstancias de mi desdicha; mas ¿qué digo todas las circunstancias? yo solo ignoro una, y es el nombre del temerario que deshonra á mi familia. Señor, dijo la Aya, el Conde de Belflor es la causa de vuestro disgusto. ¡El Conde de Belflor! exclamó Don Luis, ¿y dónde vió él á mi hija? Señor, replicó Doña Marcela, yo os contaré cuanto hay en el asunto con toda sinceridad.

Refirióle pues con arte singular todos los discursos del Conde, que ella habia hecho creer á Doña Leonor: le pintó con los colores mas bellos y subidos un amante tierno, delicado y sincero; y como no podia desentenderse de la verdad, se vió precisada á confesarla: pero

se extendió en algunas razones, que Belflor habia expuesto para no solicitar por entonces el consentimiento de Don Luis, y las dió tan buena apariencia, que vino á aplacar el furor de un padre tan justamente irritado; y para apaciguarle mas: señor, le dijo, he aqui lo que quereis saber; castigadnos ahora, y atraviese vuestra espada el pecho de Leonor: mas ¿qué es lo que yo digo? la señorita está inocente, porque no ha hecho otra cosa sino seguir los consejos de una persona, á quien habeis confiado su conducta: á mí sola debe dirigirse esa espada: yo soy quien ha introducido al Conde en nuestro cuarto: pero soy testigo fiel de su honesto y decoroso trato:

á la verdad, solo he puesto la mira en la fortuna de Leonor, y en la que logra toda la familia en tal enlace: el exceso de este zelo me ha hecho poco fiel á mi obligacion.

Mientras que la artificiosa Doña Marcela hablaba asi, su señorita no cesaba de llorar; y manifestó tal sentimiento, que no pudo resistirse el corazon del buen viejo: enterneciose, y su cólera se trocó en compasion: dejó caer la espada, y con pacífico y tierno semblante: ¡ah, hija mia, la dijo con los ojos arrasados de lágrimas, que el amor es una funesta pasion! ¡Ay de ti, que no sabes todos los motivos que tienes para afligirte! La vergüenza que te causa la presencia de un

padre que ha sabido tu desenvoltura, es lo que solamente te hace ahora derramar esas lágrimas: todavía no prevés todas las razones de sentimiento que quizá te prepara tu amante. Y tú, imprudente Marcela, ¿qué has hecho? ¿en qué precipicio nos arroja tu indiscreto zelo por mi casa? Yo confieso que el enlace con un caballero, como es el Conde de Belflor, ha podido deslumbrarte, y solo esto te disculpa en algun modo: mas, desdichadas de vosotras, ¿no desconfiasteis de un hombre de tan alta esfera? Si no hiciese escrúpulo de faltar á su palabra, ¿qué partido he de tomar? ¿implorará el ausilio de las leyes? una persona de su clase y circuns-

tancias sabrá ponerse al abrigo de su severidad.

Pero quiero ir á casa del Conde á explorar su verdadera intencion: yo veré el fondo de su alma, que los ojos de un padre son de lince. ¡Dios quiera salgan vanos mis temores! Si le hallo en la disposicion que deseo, yo os perdonaré lo pasado; mas si en sus discursos, añadió con severidad, yo descubro un corazon pérfido, ambas ireis á llorar toda la vida vuestra imprudencia en un monasterio: y luega recogiendo la espada se volvió á su cuarto.

Salió Don Luis aquella mañana muy temprano, y fuese á casa del Conde de Belflor, que no creyendo habia sido descu-

bierto, quedó sorprendido de esta visita. ¡Ah! ¡qué gozo es el mio, dijo, al ver en mi casa al señor Don Luis! Vendrá sin duda á proporcionarme ocasion de servirle. Señor, respondió Don Luis, disponed, si gustais, quedemos solos.

Belflor lo hizo asi, y Don Luis empezó diciendo: señor, mi felicidad y mi reposo exigen saber lo que voy á preguntaros: yo os he visto salir esta mañana del cuarto de mi Leonor, ella me lo ha confesado todo; me ha dicho::: Ella sin duda os ha dicho que yo la amo, interrumpió el Conde para cortar un discurso que no queria oir; pero no os habrá manifestado sino una pequeña parte de todo mi afecto:

yo la estoy sumamente apasionado: es ciertamente una doncella adorable: entendimiento, juicio, belleza, virtud; nada le falta. Me han dicho que teneis asimismo un hijo que está para concluir los estudios en Alcalá: ¿se parece á su hermana? Yo tengo infinitos deseos de verle, y os ofrezco todo mi valimiento para su colocacion.

Yo agradezco mucho vuestro ofrecimiento, dijo con gravedad Don Luis; mas vamos á lo que::: Es menester ponerle luego en el real servicio, interrumpió el Conde; yo me encargo de su fortuna; no envejecerá en la clase de oficial subalterno; esto es lo que yo puedo aseguraros. Responded, replicó enfadado Don Luis, y ce-

sad de cortarme las palabras. ¿Teneis intencion de cumplir la promesa::: Sí, seguramente, interrumpió el Conde por tercera vez, yo desempeñaré la palabra que he dado de emplear todo mi favor en vuestro hijo: contad conmigo; yo soy hombre formal. Esto ya es demasiado, señor Conde, exclamó Nogales levantándose de la silla, despues que habeis engañado á mi hija, teneis el atrevimiento de insultarme; mas yo soy noble, y esta ofensa no quedará sin castigo. Y en diciendo estas palabras se fue indignado á su casa, revolviendo en su corazon mil proyectos de venganza.

Luego que llegó, dijo á Doña Leonor y á su Aya con el mayor

enojo: con razon me era sospechoso el Conde; es un traidor, de quien yo me vengaré: por lo que á vosotras toca, ambas entrareis mañana en un monasterio; preparaos, y dad gracias á Dios, porque mi cólera se limita á este castigo: y luego se encerró en su gabinete para deliberar con madurez el partido que tomaria en tan críticas y delicadas circunstancias.

¡Qué sentimiento tan vivo ocupó el corazon de Doña Leonor al oir la perfidia del Conde! Quedó por algun tiempo inmoble: una palidez mortal se apoderó de su semblante, y un sudor frio de todo su cuerpo: dejóse caer sin sentido en los brazos de Doña Marcela, la que te-

mió que Doña Leonor iba á espirar, y puso todos los medios para hacerla volver de su parasismo. Al fin lo consiguió: Doña Leonor abrió los ojos, y viendo á la Aya afanada en su alivio: ¡Qué cruel sois! la dijo arrojando un profundo suspiro. ¿Por qué me habeis sacado del estado dichoso en que me hallaba? Yo no sentia entonces el horror que me causa mi triste destino; ¿por qué no me dejasteis morir? Pues sabeis todas las penas que han de turbar el reposo de mi vida; ¿por qué me la quisisteis conservar?

La Aya la procuró consolar; mas solo logró irritarla mas. Todos vuestros discursos son superfluos, exclamó Doña Leonor;

nada quiero oir; no perdais tiempo en chocar contra mi desesperacion, que la confirmais mas; pues vos misma me habeis arrojado en el horroroso abismo en que me hallo: sí, vos sois quien me ha sido garante de la sinceridad del Conde: sin vuestras persuasiones el Conde no consiguiera jamas la menor expresion ni señal de mi correspondencia; mas no quiero, prosiguió, imputaros mi desgracia: yo no debia seguir vuestros consejos, recibiendo en mi cuarto aunque á presencia vuestra á un hombre con agravio de mi padre y de mi honor. Por lisongera y agradable que me fuese la amorosa solicitud del Conde de Belflor, era necesario oponerme á ella, antes

que aceptarla á expensas de mi reputacion. Despues de la afliccion que causó á mi padre, y de la afrenta que irrogo á mi familia, me detesto á mí misma, y lejos de temer la reclusion con que se me amenaza, quisiera ir á esconder mi rubor en la mas horrorosa soledad.

Asi se lamentaba Doña Leonor, no cesando de llorar su desgraciada suerte: rasgóse los vestidos, se mesó los cabellos. La Aya por conformarse con el dolor que exigia la tragedia, no omitió sus lágrimas forzadas: hizo mil imprecaciones contra los hombres en general, y especialmente contra Belflor. ¿Es posible, exclamó, que el Conde, que me ha parecido tan lleno de rec-

titud y de probidad, sea tan malvado, que nos haya engañado á entrambas? Yo lo estoy viendo, mas no puedo todavía creerlo.

En efecto, dijo Doña Leonor, cuando yo me le figuro rendido á mis pies, ¿qué muger no se fiara de sus tiernos ademanes, de sus firmes juramentos, en que ponia por testigo al cielo, y de sus amorosos suspiros, con que parecia exhalaba el alma? Sus ojos todavía me manifestaban mas amor que su lengua: no, él no me engañaba, no me lo puedo persuadir: tal vez mi padre no le reconvino con bastante prudencia; ambos se habrán resentido, y el Conde hablaria entonces mas como grande señor, que como enamorado. Es preci-

so que yo salga de esta cruel incertidumbre: voy á escribir á Belflor, y á decirle que yo le espero todavía esta noche, porque quiero que venga á sosegar mis recelos, ó á confirmar su traicion y perfidia.

Doña Marcela aplaudió esta determinacion, y concibió alguna esperanza, de que las lágrimas de Doña Leonor en aquellas vistas y circunstancias obligarian al Conde á cumplir su contraida palabra.

En este tiempo el Conde de Belflor, desembarazado de Don Luis, consideraba en su gabinete las consecuencias que podia tener el recibimiento que le habia hecho. Juzgó, y no se engañaba, que la familia de los No-

gales irritada pensaria en vengarse; mas esto no le dió mucha pena, y sí el interes de su amor: discurrió que Doña Leonor seria encerrada para siempre en un monasterio, ó por lo menos que estaria en adelante tan guardada en su retiro, que no la veria jamas: lo que le entristeció mucho, y asi pensaba de qué medios usaria para prevenir este infortunio, cuando el ayuda de cámara puso en sus manos un billete que Doña Marcela le habia entregado, y decia asi:

«Yo voy mañana á dejar el «mundo para sepultarme en un «monasterio. Verme deshonra«da, odiosa á mi familia y á mí «misma, es el estado infeliz á «que estoy reducida por habe-

«ros escuchado; sin embargo os «aguardo todavía esta noche: «en mi desesperacion yo espe«ro nuevos tormentos. Venid á «confesarme, que vuestro cora«zon no ha tenido parte en los «juramentos que me ha hecho «vuestra boca, ó á justificaros «por una conducta, que ella so«la pueda suavizar el rigor de «mi destino. Como os podeis «ver en algun peligro despues «de lo que pasó anoche, haced «que os acompañe algun amigo: «aunque habeis causado toda la «desgracia de mi vida, todavía «me intereso en la vuestra.

Leonor."

El Conde leyó dos ó tres ve-

ces esta esquela, y considerando en situacion tan infeliz á su amada Leonor, se compadeció mucho. Volvió en sí de la pasion que le habia hecho violar las mas sagradas obligaciones: la razon, la probidad y el honor empezaron á recobrar sus justos derechos. Conoció que de repente se disipaba su ceguedad, abrió los ojos de su entendimiento, y como un hombre que despierta de un letargo profundo, se avergonzaba de las fingidas palabras, y de todos los indecorosos artificios de que se habia valido para engañar á una doncella de honor. ¡Qué es lo que yo he hecho, dijo, desdichado de mí! ¡qué espíritu maligno me ha poseido! Yo he prometido dar mi mano á

Leonor, he puesto al cielo por testigo: engaño, perfidia. ¡Qué locura! ¿No hubiera sido mejor emplear mis esfuerzos en destruir mi pasion, que darla rienda por medios tan injustos? He aqui una hija de un hombre de bien engañada, y á quien yo abandono ahora á la cólera de sus gentes, y hago infeliz. ¡Qué ingratitud! ¿No es justo que yo satisfaga este agravio? Sí, es justo: yo quiero cumplir la palabra que le he dado. ¿Qué podrá decirse contra una determinacion tan cristiana, y correspondiente á las obligaciones con que he nacido? ¿La bondad de Leonor ha de ser funesta á su virtud? No; yo sé muy bien cuanto me ha costado que admitiese mis obsequios:

mas por otra parte, si me limito á esta eleccion me hago mucho agravio. Yo que puedo aspirar á las mas ricas, mas nobles y mas ventajosas bodas de la Corte, ¿me contentaré con la hija de un caballero particular?

Fluctuando el Conde en estos pensamientos, combatido del amor por una parte, y de la ambicion por otra, no encontraba con la resolucion: mas aunque todavía incierto sobre cumplir su palabra á Doña Leonor, determinóse en verla aquella noche, y encargó á su ayuda de cámara que se lo advirtiese á Doña Marcela.

Don Luis por su parte gastó todo el dia en deliberar cómo recobraria su honor. Las cir-

cunstancias le parecian muy críticas, y la coyuntura poco favorable. Recurrir á las leyes, era hacer pública su deshonra. Ademas recelaba, que la justicia estaria de una parte, y los jueces de otra. No quedándole pues otro medio sino el de las armas, se resolvió á tomar este partido.

En el calor de su resentimiento pensó en desafiar al Conde de Belflor; mas considerando que él era muy viejo, y que no tenia bastantes fuerzas para fiarse de su brazo, quiso encargar la la venganza á su hijo, cuyos golpes tuvo por mas seguros que los suyos: y asi envióle uno de sus criados á Alcalá con una carta, en que le mandaba que viniese al instante á vengar una afren-

ta hecha á la familia de los Nogales.

Este hijo, llamado Don Pedro, de edad de diez y ocho años, buen mozo y valiente, no estaba en aquella sazon en Alcalá. El ardiente deseo de ver á una dama, por quien andaba inquieto y perdido, le habia traido á Madrid. La última vez que vino á ver sus gentes hizo en el Prado esta conquista: todavía ignoraba su nombre, porque ella le puso por indispensable condicion, el que no habia de hacer diligencia alguna para saberlo, y él se sujetó, aunque con mucha repugnancia, á tan duro y cruel precepto. Era esta una señora de distincion, que se habia apasionado á Don Pedro; y

creyendo que debia prudentemente desconfiar de la constancia de un estudiante, juzgó á propósito experimentar su firmeza antes de darse á conocer.

Don Pedro se ocupaba mas en galantear á su incógnita, y en la filosofía de amor, que en la de Aristóteles; y la corta distancia que hay de Madrid á Alcalá le hacia abandonar las musas, por dedicarse á las gracias de su dama. Para que sus repetidos viages no llegasen á noticia de su padre, acostumbraba alojarse en una posada á los extremos de la villa, donde se mantenia oculto bajo de un nombre fingido: únicamente salia por la mañana, en que iba á una casa, donde la dama que le hacia tan mal estu-

diante como buen enamorado, solia concurrir con una doncella suya. Despues se encerraba Don Pedro en su cuarto hasta la noche, en que se paseaba por todo Madrid.

Sucedió que una noche pasando por una calle percibió voces é instrumentos, que le parecieron dignos de oirse. Paróse á escuchar la música. El caballero que la daba era incivil y desatento: apenas vió á nuestro estudiante, llegóse á él con precipitacion, y sin otro cumplimiento: amigo, le dijo con tono descortés, proseguid vuestro camino, que los curiosos son aqui muy mal recibidos. Yo podria retirarme, respondió Don Pedro, si me lo hubieseis pedido con

mas comedimiento; pero ahora quiero detenerme por enseñaros cortesía. Veamos pues, dijo el director del concierto sacando la espada, quién de los dos cederá el lugar.

Don Pedro desenvainó tambien la suya, y empezaron á esgrimirlas. Aunque el que daba la música se defendió con bastante destreza, no pudo librarse de una mortal estocada, y cayó en el suelo. Todos los músicos, que habian ya abandonado sus instrumentos, y sacado las espadas para socorrer al caballero que les pagaba, procuraron vengarle: embistieron á Don Pedro, que en esta ocasion acreditó su valor: no solo quitaba con admirable agilidad las estocadas que

le tiraban, sino que las daba furiosas, y á veces tenia ocupados á todos sus enemigos en defenderse.

Con todo, ellos eran tantos y tan obstinados, que Don Pedro, aunque tan diestro espadachin, no hubiera podido evitar su muerte, si el Conde de Belflor, que pasaba entonces por aquella calle, no se pusiera á su lado. Este valiente y generoso caballero no podia ver tanta gente armada contra un hombre solo, sin acudir á su defensa y socorro: tiró de su espada, y embistió con tal denuedo á los músicos, que huyeron todos, los unos heridos, y los otros por el miedo de serlo. Don Pedro quiso entonces dar gracias al Con-

de; pero este le interrumpió, diciendo: dejemos ahora los cumplimientos. ¿Estais herido? No señor, respondió Don Pedro. Apartémonos pues de esta calle, replicó Belflor, que he visto caer un hombre: correis peligro en deteneros aqui mas tiempo, y podrá sorprenderos la justicia. Marcharon de priesa, ganaron otra calle, y cuando estuvieron lejos del sitio donde habia sido la pendencia, se detuvieron.

Don Pedro á impulsos de su justo reconocimiento suplicó al Conde, que no le ocultase el nombre del caballero á quien debia estar tan obligado. Belflor no tuvo inconveniente en decírselo, y le pidió tambien el suyo: mas Don Pedro, no querien-

do ser conocido, respondió que se llamaba Don Juan de Matos, y le aseguró, que eternamente tendria en la memoria lo que habia egecutado en su defensa.

Yo quiero, dijo el Conde, ofreceros esta misma noche una ocasion de satisfacer esa deuda que decís habeis contraido: tengo que hacer luego una visita á una dama, en que mi vida puede correr peligro: yo iba á buscar un amigo por compañero; conozco vuestro valor, y asi os propongo, señor Don Juan, si quereis venir conmigo. Esa pregunta me hace poco favor, respondió Don Pedro: no puedo yo emplear mi vida mejor, que exponiéndola por quien me la ha conservado: vamos al momento.

Se ha de presuponer, que Don Luis queriendo mejorar de casa se habia mudado en la ausencia de su hijo á otra que casualmente se le habia proporcionado. El Conde pues condujo á ella á Don Pedro, ignorando quién era, y sin saber este tampoco, que iba á servir de guardia fiel al mismo que le hacia traicion.

Entraron ambos por el balcon en el cuarto de Doña Leonor, introduciéndolos Doña Marcela sin luz en una antesala, donde el Conde pidió á su compañero, que esperase alli mientras él entraba á hablar á aquella buena muger y á su señora. Don Pedro lo ofreció asi, y sacó su espada para no ser sorprendido. De alli á poco vió luz por el agujero que daba

entrada á la llave de una puerta, distinta de aquella por donde habia entrado el Conde; y habiendo oido que la abrian, llegóse á ella apresurado, y puso su espada desnuda al pecho de su padre, que no conoció entonces, y que venia al cuarto de Leonor. El buen caballero no creyó, despues de lo que habia pasado, que su hija y Doña Marcela hubiesen tenido atrevimiento para recibir al Conde, y por esto no las habia mandado retirar á otro aposento mas seguro. Con todo le vino al pensamiento, que antes de entrar ellas el dia siguiente en un monasterio, quizás habrian querido ver y hablar al Conde por última vez.

Cualquiera que seas, le dijo

Don Pedro, no entres aqui, ó te costará la vida. Al oir estas palabras Don Luis conoce á su hijo, y este mira á su padre con atencion. ¡Ah hijo mio! exclamó el infeliz viejo, ¿por qué no me has avisado de tu llegada? ¿creías turbar mi reposo? ¡Ay de mí! yo no puedo tenerle en la cruel situacion en que me hallo. ¡Oh padre mio! respondió Don Pedro atónito y turbado, ¿sois vos á quien yo veo? No, mis ojos no me engañan. ¿De dónde nace esta admiracion? dijo Don Luis, ¿no estás en casa de tu padre? ¿no te he escrito que yo vivo aqui ocho dias hace? ¡Justo cielo! exclamó Don Pedro, ¿qué es lo que escucho? ¿Segun eso yo

estoy ahora en el cuarto de mi hermana?

Entonces el Conde de Belflor, que habia oido el ruido, salió con la espada desnuda. Luego que Don Luis le vió, se llenó de indignacion y de ira: he aqui, exclamó, el atrevido que ha turbado mi reposo, y dado una mortal herida á nuestro honor: venguémonos, procuremos castigar á este traidor; y diciendo esto sacó la espada que llevaba debajo la bata, y quiso matar al Conde; mas Don Pedro le detuvo con estas palabras: conteneos, padre mio, y moderad vuestra cólera, aunque tan justa. ¿Qué es lo que haces, hijo mio? le dijo Don Luis, ¿detienes mi bra-

zo? ¿piensas que á mí me faltan las fuerzas para vengarme? Está bien, tómate pues tú mismo la satisfaccion de la afrenta que se nos hace, porque á este fin te he mandado venir de Alcalá. Si mueres en el duelo, yo entraré en tu lugar: es necesario que el Conde muera á nuestras manos, ó que nos quite á ambos la vida, despues de habernos quitado el honor.

Padre mio, replicó Don Pedro, yo no puedo conceder á vuestra impaciencia lo que al presente me exige. Lejos de querer yo quitar la vida al Conde, solo he venido á defenderla. He obligado mi palabra: su desempeño tiene ahora atadas mis manos. Vámonos, Conde, prosi-

guió, dirigiéndose á Belflor. ¡Ah cobarde! interrumpió Don Luis mirando á su hijo con semblante irritado, ¿tú mismo te opones á una venganza, que á ti solo te tocaba enteramente? ¡Mi hijo, mi propio hijo está de acuerdo con el que ha engañado á su hermana! Mas no esperes frustrar los impulsos de mi justa cólera: llamaré á todos mis criados para que me venguen de tu cobardía y traicion.

Señor, replicó Don Pedro, por Dios hacedme mas justicia, y no me trateis de cobarde, que no merezco este odioso nombre. El Conde me dió esta noche la vida, y me propuso que le acompañase: yo le ofrecí defenderle de cualquier peligro, sin saber

que mi reconocimiento interesaba mi brazo contra el honor de mi familia. Aquella palabra pues me obliga ahora á defender la vida del Conde; pero no siento menos que vos la injuria que nos ha hecho, y mañana experimentará que procuraré derramar su sangre con tanto ardor, cuanto ahora le tengo en conservarla.

El Conde, que suspenso y atónito de tan extraño suceso, no habia hablado todavía palabra, dijo entonces á Don Pedro: con la espada jamas vengareis esta injuria: yo propondré otro medio mas seguro para satisfacer vuestro resentimiento. Confieso que no tenia intencion de casarme con Leonor; mas un billete suyo que esta mañana he

recibido, ha inclinado mi corazon á cumplir mi palabra, y sus lágrimas me acaban de determinar. La dicha de ser suyo, es ya la única que yo con ansia deseo.

Señor, expresó Don Luis, despues de esta ingenua confesion, tan propia de una alma grande y generosa, no dudo ya de su sinceridad. Veo que quereis efectivamente reparar la afrenta que nos haciais, y mi cólera cede á la seguridad de vuestra palabra: permitidme que yo olvide del todo mi agravio en vuestros brazos. Acercóse el Conde para recibirle en los suyos, y volviéndose á Don Pedro, le dijo: y vos, fingido Don Juan, que habeis ganado ya mi estimacion por vuestro incomparable valor y gene-

rosos procederes, os ofrezco ahora el cordial afecto de un hermano. Abrazóle tambien estrechamente, y Don Pedro respondió: manifestándome vos una amistad tan preciosa, adquirís la mia con el reconocimiento hasta el último momento de mi vida.

Entre tanto Doña Leonor, que estaba escuchando á la puerta de su aposento, no perdió una palabra de cuanto se dijeron. Al principio quiso salir y arrojarse en medio de las espadas, pero Doña Marcela la detuvo. Cuando esta diestrísima Aya vió que terminaba aquel negocio feliz y amistosamente, juzgó que su presencia y la de su señorita serian muy del caso. Por lo que ambas salieron y se arrodillaron delan-

te de Don Luis, temiendo que despues de haberlas sorprendido en la noche antecedente, no las perdonaria su reincidencia. Mas Don Luis hizo levantar á Doña Leonor, y la dijo: hija mia, enjuga las lágrimas: yo no te reprenderé ahora, porque tu amante desea cumplirte su palabra, y yo quiero olvidar lo pasado.

Sí, señor Don Luis, dijo el Conde, yo juntaré gustoso mi mano con la de Leonor; y aun para mas entera satisfaccion del agravio, y dar á Don Pedro un auténtico testimonio de mi verdadera amistad, yo le ofrezco por esposa á mi hermana Eugenia. ¡Ah señor, exclamó Don Luis, cuán agradecido quedo á

tanto honor! ¿Que padre se podrá hallar mas dichoso? Temo que este excesivo gozo me ha de quitar la vida, como antes lo recelaba de mi sentimiento.

Si Don Luis quedó gustosamente sorprendido del ofrecimiento del Conde, no se manifestó menos admirado Don Pedro; mas como este amaba con vehemencia á la incógnita, se inmutó de manera, que no encontraba con las palabras. Sin atender á su turbacion Belflor salió diciendo, que iba á disponer los preparativos para las dos felices bodas, y que cada instante se le hacia un siglo, mientras no se unia á aquella familia con tan estrechos lazos.

Don Luis dejó á Doña Leo-

nor en su cuarto con la Aya, y se volvió al suyo con Don Pedro, quien le dijo: señor, permitidme que no me case con la hermana del Conde de Belflor hasta que él dé su mano á Leonor para restablecer el honor de nuestra familia. ¡Hola! ¿qué es esto, hijo mio? respondió Don Luis, ¿tienes repugnancia en casarte con Doña Eugenia? Sí, padre mio, replicó Don Pedro; esta union seria para mí cruel suplicio, y no os ocultaré la causa. Yo seis meses ha que amo, ó por mejor decir, adoro á una beldad: ella sola puede hacerme feliz.

¡Cuán desdichada es la condicion de un padre! exclamó Don Luis; rara vez halla á sus

hijos dispuestos á darle gusto. ¿Pero qué persona es la que ha hecho en tu alma tan fuerte impresion? Yo todavía ignoro su nombre, respondió Don Pedro; y me ha ofrecido declarármelo cuando esté del todo satisfecha de mi constancia; mas no dudo que será de las familias mas ilustres de esta Corte.

¿Y creeis, replicó Don Luis con severidad, que yo tendré la condescendencia de aprobar tu amor de comedia? ¿Sufriré que renuncies al mas ventajoso casamiento que puede ofrecerte la fortuna, solo por conservarte fiel á una muger, de quien ni siquiera sabes el nombre? no lo espares de mi bondad: es necesario que deseches de ti esa pasion á

una persona, que tal vez es indigna de habértela inspirado, y no pienses sino en merecer el honor que el Conde te quiere hacer. Todos esos discursos son inútiles, padre mio, dijo Don Pedro: yo conozco que jamas podré olvidar á mi incógnita; nada será capaz de separarme de ella. Cuando se me propusiese á una Infanta::: No pases adelante, gritó arrebatado Don Luis, es mucha insolencia hacer vanidad de una constancia que excita mi justa cólera: vete, y no te presentes mas delante de mí hasta que estés pronto á obedecerme.

Don Pedro no se atrevió á replicar mas, temiendo oir otras palabras mas duras y pesadas: retiróse á su gabinete, donde

gastó lo restante de la noche en hacer reflexiones. Discurria con mucho sentimiento, que iba á estrellarse con toda su familia, si no queria casarse con la hermana del Conde; pero se consolaba creyendo que su amable incógnita habia de quedar muy obligada á tan grande sacrificio. Lisonjeábase tambien, de que despues de tan singular testimonio de su firmeza, no dejaria ella de manifestarle su calidad, que imaginaba seria por lo menos igual á la de Doña Eugenia.

Con esta esperanza salió al amanecer, y fue á pasearse al Prado, aguardando la hora de ir al cuarto de Doña Ines, la amiga de su dama, donde solia verla todas las mañanas. Esperó es-

te tiempo con impaciencia, y habiendo llegado se apresuró en hacer la visita acostumbrada.

Encontró alli á su incógnita, poseida del mas vivo sentimiento, y anegada en lágrimas. ¡Qué espectáculo para un amante! Acercóse á ella turbado, y arrojándose á sus pies: señora, la dijo, ¿qué desdicha me anuncian esas lágrimas? No esperais, respondió ella, el fatal golpe que tengo que daros. La fortuna cruel va á separarnos para siempre: ya no nos veremos mas: y acompañó estas palabras con tales sollozos, que Don Pedro sintió tanta pena por las cosas que ella decia, como por la afliccion que manifestaba.

¡Justo cielo! exclamó, ¿per-

mitireis que se destruya la union de dos corazones inocentes? Pero, señora, añadió, tal vez estareis preocupada del sobresalto. ¿Es cierto que se os aparta del amante mas fiel, que jamas se vió en el mundo? ¿Soy yo en efecto el mas desdichado de los hombres? Sí, nuestra desgracia es demasiado cierta, respondió la incógnita: mi hermano, de quien dependo, me casa hoy: me lo acaba de decir él mismo. ¡Ah! ¿quién es ese feliz caballero? replicó Don Pedro con precipitacion, nombrádmelo, señora, que yo barrunto::: Yo todavía no lo sé, interrumpió ella: mi hermano no me lo ha nombrado, solo me ha dicho que deseaba le viese yo cuanto antes.

Pero, señora, dijo Don Pedro, ¿os someteis sin resistencia á la voluntad de vuestro hermano? ¿os dejareis llevar como víctima al pie del altar, sin quejaros del sacrificio de vuestra voluntad? ¡Ay de mí! Yo por el contrario, me expongo á la ira de mi padre para ser vuestro: sus amenazas no han hecho titubear mi fidelidad, y por rigurosamente que me trate, no me casaré con la que me propone, aunque este sea el partido mas ventajoso. ¿Y quién es esa señora? preguntó la incógnita. Es la hermana del Conde de Belflor, le respondió. ¡Ah! Don Pedro, replicó ella, manifestando una extrema admiracion, sin duda padeceis engaño, ó no estais á lo me-

nos seguro de lo que decís. ¿Es en efecto Eugenia, la hermana de Belflor, la que se os ha propuesto? Sí, señora, dijo Don Pedro, el mismo Conde me ha ofrecido su mano. ¡Qué es lo que oigo! exclamó ella: ¿será posible, mi bien, que vos sois el caballero para quien mi hermano me destina? ¡Qué escucho! exclamó tambien Don Pedro: ¿la hermana del Conde de Belflor es mi incógnita? Sí, dijo Doña Eugenia; mas poco falta para que yo no crea serlo, tanto trabajo me cuesta el persuadirme esta dicha.

Don Pedro se arrojó á sus pies trasportado de la mayor alegría, y quedó inmovil con la admiracion de tan agradable novedad; y Doña Eugenia exclamó:

¡Cuántas penas me hubiera ahorrado mi hermano nombrándome desde luego á mi amante! ¡Que yo haya concebido aversion al objeto mismo de mi cariño! ¡Ah mi amado Don Pedro, que yo os he aborrecido! Bella Eugenia, respondió él, ¡qué encantos no tiene este odio! yo quiero merecerlo adorándoos toda mi vida.

Despues que estos dos amantes se dieron el parabien de su mutua felicidad, Doña Eugenia quiso saber como Don Pedro habia grangeado la amistad de su hermano, y él la contó los amores del Conde y de su hermana con todo lo que habia pasado en la última noche, y el dichoso fin de aquel peligroso lance, que terminó con las dos concertadas

bodas. Doña Ines se interesaba mucho en la feliz suerte de su amiga, y asi participó de la alegría que causaba á todos tan dichosa aventura. Manifestóla su gozo, y asimismo á Don Pedro, que en fin se separó de Doña Eugenia, habiendo quedado convenidos en que disimularian conocerse cuando estuviesen delante del Conde.

Don Pedro se volvió á casa de su padre, quien habiéndole hallado dispuesto á obedecerle, se alegró mucho, atribuyéndolo á la severidad con que le habia hablado aquella noche. Estaban esperando nuevas de Belflor, cuando recibieron un billete suyo, donde decia que acababa de obtener el beneplácito del

Rey para casarse, y un honroso empleo para Don Pedro, y que al otro dia podian ya celebrarse aquellas bodas, porque los preparativos estaban hechos, sin faltar cosa que pudiese contribuir á la celebridad. En fin, vino despues de comer á confirmar lo que les habia escrito, y á presentarles su hermana.

Don Luis hizo á esta señora los mas finos obsequios, y Doña Leonor no se cansaba en darla abrazos. Don Pedro, aunque vivamente agitado con los afectos de su amor y de su gozo, se hacia violencia para no dar al Conde el menor indicio de su inteligencia.

Como Belflor procuraba observar á su hermana, advirtió

que á pesar de su disimulo no le desagradaba Don Pedro; para asegurarse mas la habló separadamente, y la hizo confesar que aquel caballero era muy de su gusto. Informóla luego de su nombre y calidad, y ella fingió que llegaba entonces á su noticia. Finalmente se resolvió que las bodas se celebrasen en casa de Don Luis, y en efecto se celebraron el dia siguiente. Solo Doña Marcela no disfrutó de aquellos regocijos, porque el Conde de Belflor la hizo encerrar en las Arrepentidas, donde los mil doblones que habia recibido para engañar á Doña Leonor, sirvieron para que hiciese penitencia lo restante de su vida.

Castigo bien merecido por

su infidelidad, y por el funesto engaño á que expuso á su señorita, que si bien tuvo éxito feliz, se debió á la casualidad que lo descubrió á Don Luis de Nogales, y sin ella hubiera sido Doña Leonor víctima de la traicion de su Aya, y de los injustos designios del Conde de Belflor. Aprendan pues las incautas doncellas en este suceso á no dejarse engañar de los jóvenes, ni de una falsa amiga, y á no dar paso alguno para el matrimonio sin noticia de sus padres; los que tambien escarmentarán en esta egemplar novela, para no abandonar la educacion y custodia de sus hijas á mugeres extrañas.

FIN.